

No seamos nosotros tan atrevidos a quererles decir a los ángeles lo que ellos no saben; ellos preguntan. y con preguntar nos enseñan; y no haremos poco si con la gracia del Señor supiéremos entender y declarar lo que ellos preguntando enseñan: *¿Quién es Esta, que sale como alba, hermosa como luna?* De manera que ya sabemos algo de esta benditísima María, que es *alba, luna, sol y escuadrón de gente bien ordenado.*

## 2.—Nace como el alba.

¿Por qué *alba*, benditísima Niña? Porque así como el alba no tiene que ver con la noche, así Vos cuando nacéis del vientre de vuestra madre no tenéis que ver con pecado. En el alba ahogó Dios al rey Faraón y a los suyos en el mar Bermejo (*Ex.*, 14); y en Vos, que nacéis *como alba*, ahogó Dios al demonio y a los pecados, de manera que en ninguna cosa tuviesen que ver con Vos. ¡Oh Niña bendita, cuán segura estáis Vos de que os cierren la puerta del cielo con aquella palabra que San Juan dijo (*Apoc.*, 21): *¡Ninguna cosa sucia entra en aquella ciudad*, toda ella es oro limpio, y no admite escoria de pecado chico ni grande! ¡Señora, Señora! A nosotros dice aquesta palabra, y a nosotros pone temor, pues somos concebidos en pecado original, y nacemos pecadores del vientre de nuestra madre; y con nuestro descuido y mal miramiento, sobre el pecado que de Adán heredamos, hemos añadido otros por nuestra culpa y propia voluntad. Unos han cometido más que otros, mas ninguno que en este mundo vive ha estado [sin él], sino Vos, escogida particularmente por la divina bondad para que por honra suya no cayese pecado en Vos, mas toda fuédeses limpia y preciosa como oro fino; y como Jacob (*Gen.*, 32, 29), recibisteis la bendición espiritual sobre todos los hombres y sobre todos los ángeles, más ajena de pecados que todos, y más rica de gracias y virtudes que todos. Algunos hubo, como Jeremías y San Juan Bautista, las cuales nacieron del vientre de sus madres sin pecado original, y después vivieron muy santamente; mas éstos no tienen, Señora, que ver con Vos, pues si cuando nacieron no tuvieron pecado, fueron concebidos en él; y si cuando grandes no cometieron pecado mortal, cometieron veniales, de los cuales ninguno fué libre sino sola Vos.

Salís como alba y ponéis en espanto a los que no os conocen, dais alegría a los que os miran. Porque ver un cuerpo que nunca fué rebelde a su ánima, ni un solo movimiento tuvo contra ella, y una parte sensitiva que sin rebeldía obedecía siempre a la razón, y una razón y voluntad siempre sujetas a Dios, son obra nueva, hasta hoy vista en nadie, ni después de Vos sino en vuestro sacratísimo Hijo. Con mucha razón se admiran los ángeles y toda la Iglesia en veros nacer *con lumbre de alba*, pues ven en Vos una santidad que ni hubo semejable en lo pasado, ni la tendrá en lo por venir. Demos alabanzas a Dios para siempre, que nos ha declarado por medio de la pregunta de los ángeles algo de lo que esta Virgen sagrada es, para que la tengamos por cosa ajena de todo pecado, alegre, limpia y con lumbre de Dios.

### 3.—*Hermosa como la luna.*

Ya es razón que hablemos de cómo es *hermosa así como luna*: es toda blanca, purísima; y así como su Hijo es *blancura de la eterna luz*, así Ella participa de esta blancura más que hombres y ángeles; porque, como dice San Anselmo, fué cosa conveniente que esta benditísima Virgen resplandeciese con tan gran puridad, que después de Dios no podía ser pensada otra mayor. Es la luna blanca, y la Virgen es purísima; es la luna la más veloz de todos los siete planetas, y la Virgen la más diligente y presta en el servicio de nuestro Señor que ninguna criatura; la luna es la más baja de todos los planetas, y la Virgen la más humilde que hay en el cielo ni en la tierra. Y así como la luna aunque unas veces parece con poca lumbre, y otras no parece, y otras parece llena, y en la verdad nunca tiene menos lumbre una vez que otra, sino siempre está llena, sino que, porque no parece a los ojos de los hombres aquella parte la cual es alumbrada del sol, por eso juzgamos que tiene algunas veces poca, y ella siempre está llena; así la Virgen sagrada todo el bien y lumbre que tiene, de Jesucristo nuestro Señor, que es sol de justicia, le viene; y aunque muchas veces estuviese haciendo ejercicios corporales que al parecer son de poca luz, así como comer, beber, trabajar, y otras cosas de aquéstas; mas Ella siempre tenía su ánima convertida y atenta a Dios, el lucidísimo sol,

y con grandísimo fervor y amor y elevación de entendimiento y voluntad hacía todas sus obras, chicas y grandes, corporales y espirituales.

Por todo lo cual os confesamos, Señora, que sois hermosa como la luna, y mil cuentos de veces muy más hermosa, pues que en comparación de vuestra benditísima ánima y de la hermosura espiritual que en ella puso el Espíritu Santo, la luna no osará parecer; y son excedidos de Vos los hermosísimos espejos de Dios, que son los espíritus angelicales bienaventurados.

#### 4.—Escogida como el sol.

Y no para la santidad de la Virgen en ser como alba y ser como luna. ¡Ay de nosotros, que tan presto nos contentamos con una pequeñuela parte de bondad! Mas esta Señora cumplió lo que está escrito (*Prov.*, 4), que *la senda del justo es como luz que nace hasta el perfecto día*. ¡Oh qué cuidado! ¡Oh qué diligencia trajo esta abejita de Dios, haciendo miel dulcísima dentro del corcho de su corazón! Creciendo de lumbre de alba a lumbre de luna que es mayor, y después a lumbre de sol que es mucho mayor; porque no sólo es alabada de las dos cosas primeras, mas dice ser escogida así como sol. Nombre es éste que se pone su sacratísimo Hijo, porque Él es la fuente de toda luz espiritual en el cielo y en la tierra, como este sol es fuente de lumbre para todo el mundo; mas quien le dió ser parte de su santidad, darle ha también su lumbre de sol, pues la dió a sus Santos Apóstoles, a los cuales dijo (*Mt.*, 5): *Vosotros sois luces del mundo*. Sol que procede del Sol es aquesta Niña sagrada, y la mujer vestida del sol, que San Juan vió en su Apocalipsis (12). Lumbre y calor tiene el sol, y con tanta excelencia, que la flaqueza de nuestros ojos no la pueden mirar en hito. ¡Quién contará la lumbre que a esta Niña bendita fué concedida para regir todas sus obras, para contemplar al Altísimo Dios, y para todo lo que convenía para le servir!

De Abigail se cuenta (1 *Reg.*, 25) y de otras mujeres, en la divina Escritura, que eran prudentes; mas de esta Virgen canta la Iglesia: «Virgen prudentísima. ¿adónde vas?» La prudencia de las otras podémosla medir con nuestra medida; mas la de esta Virgen, ¿quién la podrá comprender, pues así supo agradar al

Altísimo Dios, con mucha más ventaja que lo hizo David? Pues *el fuego* de amor que Dios *vino a encender en la tierra* no hay lengua que pueda explicar cuánto se enseñorea en el corazón de esta Niña, pues sin comparación amó más al Señor que a sí misma; y su vida toda fué una lumbre, un fuego bastantísimo a mover a los que la miraren a servir al Señor. «Hoy es el nacimiento de la Santa Virgen María—canta la Iglesia—, cuya vida excelente a todas las Iglesias alumbraba.» De manera que aunque el día *de nuestra salud, y tiempo aceptable al Señor* (2 Cor., 6) es desde que Él mismo encarnó y nació en este mundo, y en comparación de Él, esta Santa Virgen y su nacimiento se llamen *mañana*, mas mirando la excelencia de su vida, también a su modo se llama sol y causa de alegría en la Iglesia, según está escrito (Eccli., 26): *Así como el sol que sale al mundo, así es el rostro de la buena mujer.* «Quitad—dice San Bernardo—el sol corporal de este mundo, y todo quedará en tinieblas; quitad a la Virgen, y todo quedará en obscuridad de pecados.» Bendito sea nuestro Dios que nos quiso alegrar con el nacimiento de esta santísima Niña, tan llena de luz, que de *alba* procede a *luna*, y de *luna* a *sol*; dándonos ejemplo de lo que nosotros debemos crecer en el servicio de Dios, y ayudándonos para ello con su efícazísima intercesión y oración.

##### 5.—Terrible a los demonios.

¿Queda más que decir? ¿Queda más donde suba aquesta Niña bendita, pues es comparada con la lumbre del sol, que es fuente de toda luz? Aun queda más; porque para ser una Niña perfecta en el servicio de Dios, no sólo es menester que tenga luz para conocer el santo agradamiento de Dios, mas que tenga fuerzas para lo cumplir y poner en obra. Poco aprovecha a muchos que sepan los mandamientos de Dios, que son el camino para el cielo, si no los ponen en obra. Causa de mayor condenación es saber lo bueno y no cumplirlo; y como el Evangelio dice (Mt., 19): *El siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple, será azotado con más azotes que el que ni la sabe ni la cumple.* Lejos de esta Virgen está esto; ferventísimo amor tuvo, que es el que da las fuerzas para servir al Señor, y por ninguna adversidad, tentación ni tra-

bajo, dejó de cumplir la santa voluntad del Señor y andar sus santos caminos. Tomólo a pechos, y como persona determinada de morir o vencer, salió con victoria de todos sus enemigos, y se hizo temer de todos ellos, y que no osasen parecer delante de Ella; y de esto la alaban los ángeles, que es *terrible* y espantable a los demonios y a los pecados *como escuadrón de gente ordenada*.

Dulcísima es esta Niña para los hombres, blandísima y sujetísima a Dios; mas contra los pecados no hay cosa tan brava, ni tan perseguidora, ni enemiga de ellos; porque el fuerte amor que a Dios tenía la hacía aborrecerlos tanto como dijo David (*Ps.*, 96): *Los que amáis a Dios, aborreced el mal*. Tenía, pues, la Virgen un magnánimo corazón, lleno de fortaleza del cielo, con que hollaba *al león y al dragón* (*Ps.*, 90, 13), que es el demonio, con todas sus bramuras y astucias (1); y él y los suyos le tenían cobrado tanto temor, que de su presencia y de su nombre iban huyendo, iban *derretidos así como cera* (*Ps.*, 67, 3). Porque si con San Antón este tema tenían los demonios, que oyendo su nombre echaban a huir, ¿con cuánta más razón se debe creer que al nombre de María huirán, y con más ligereza, pues Ella es la mujer de la cual está escrito (*Gen.*, 3), que *había de quebrantar la cabeza al demonio*, no sólo porque escapó del pecado original, mas de todos los otros mortales y veniales, lo cual no hizo San Antón ni otro alguno?

#### 6.—¿Hay aquí alguno en pecado mortal?

¿No veis qué dulcísima cosa es hablar de la vida y excelencias de aquesta benditísima Niña? ¡Cuán dichosos fuéramos si no hubiera necesidad de hablar en estas santas festividades de nuestras miserias y tristes caminos, sino que nos ocupáramos todos en alabar a Dios que tal crió, y darle gracias porque nos dió tal Madre, y en gozarnos de sus bienes como la santa Iglesia dice en una Antífona!: «Celebremos con alegría el nacimiento de aquesta sacratísima Virgen, porque Ella sea intercesora nuestra con Jesucristo nuestro Señor»; confesados y comulgados, y todos en estado de gracia, y alegres con el testimonio de la

(1) Véase el AUSE, FILIA, caps. 17-29.

buena conciencia, y con la viva esperanza de ver a esta Señora en el cielo, y gozarnos para siempre con Ella, cuyo bendito nacimiento celebramos en este miserable destierro. Porque las cosas santas, si no queremos que se nos tornen en dañosas, con santidad las habemos de celebrar y tratar; y muy mal celebrará la fiesta santa de la reluciente Niña (que tiene luz de *alba*, de *luna* y de *sol*, que siempre es *victoriosa de sus enemigos*) el que está en la triste obscuridad de la noche de pecado mortal; en la cual, como hombre que vive sin lumbre, ni conoce sus males que de presente tiene, ni los terribles tormentos del infierno, que con longura eterna han de ser vengadores de sus momentáneos placeres que en esta vida pasó, ni tiene lumbre de gracia para conocer y amar a su Dios ni a sus prójimos; pues según está escrito: *El que anda en la noche no sabe para dónde va (Jn., 12, 35)*. ¡Oh Señor, y si está aquí alguno que está fuera de vuestra gracia y lumbre, y vive en obscuridad de pecado mortal, ora sea si está con propósito de cometerlo, o porque lo cometió y no ha hecho penitencia de él para ser perdonado! Preguntan los ángeles el día de hoy: «¿Quién es esta Virgen que nace?», admirados de su gran lumbre y virtud. Y si alguno está aquí entre nosotros en este grande e indecible mal de pecado mortal, mirarlo han, y espantados de su obscuridad, cautiverio y tristeza, y desventura que no se puede contar, preguntarán: «¿Quién es esta ánima tan ajena de lumbre del cielo, y tan obscurecida con espirituales tinieblas? ¿Quién es ésta que, siendo criada a imagen de Dios, ha puesto sobre sí la fea y abominable imagen del enemigo?»

¡Oh qué gran verdad dijo Jeremías Profeta (*Thren.* 4): *Que los nazarenos de Dios, que primero eran blancos como la nieve y más hermosos que marfil, son vueltos tan al contrario, que están muertos en las plazas, y tan feos que no son conocidos quién eran.* ¿Cómo conocerá Dios y sus ángeles, quiero decir, cómo aprobará lo que no es hechura suya, lo que es obra del demonio, y contradicción y destrucción de las obras suyas? «Hermoso te crié yo—dice Dioc—, ¿cómo tan miserablemente te has afeado? Y con mi propia sangre te lavé, ¿cómo te has tornado a ensuciar?» *Apartaos de mí—dice el Señor (Ps., 6)—todos los que obráis maldad*; porque no os conozco. Y aunque sean doncellas, y tengan apariencia de buenas obras, si carecen

de la gracia divina que hace al alma hermosa delante de los ojos de Dios, sean quien fueren, tengan lo que tuvieren, quieran o no quieran, oír tienen esta terrible palabra de Dios (*Lc.*, 13): *No os conozco, apartaos de Mí.*

¡Oh hermano mío, quienquiera que seas, a quien esto toca, ¿cómo puedes sufrir tanto mal tuyo, y tan de tomo, por unos bienes falsos, o placeres que desaparecen así como humo? ¿Qué cosa te pueden dar que te entre en provecho, si en contrapeso de ella te llevan el alma? ¿No te acuerdas que dijo Cristo nuestro Señor (*Mt.*, 16): *¿Qué trueco puede el hombre dar en lugar de su ánima?* Y si por tu ánima que pierdes no te pueden dar igual trueco, dime por reverencia de Dios, por sus llagas sagradas, por el nacimiento de esta Virgen bendita, ¿qué es lo que te dan en trueco porque pierdas a Dios, y renuncies el derecho que tienes para gozar de Él en la gloria, y puedas vivir en su enemistad, y tan lejos de gozar de Él como si no hubiese Dios sino para castigarte? Un hombre hace sentimiento y echa menos cuando pierde un ducado y una cosa de menos valor; ¿y tú no echas menos perder a tu alma, perder la gracia de Dios, y al mismo Dios, bien infinito, y para siempre jamás? ¿Qué es aquello que te dan cuando tantos bienes te quitan? Dilo, si lo osas decir. ¡Oh Bien infinito, y Bien tan grande, que no hay cosa que se pueda igualar con Vos; porque sois tal, que quien a Vos sólo tiene, aunque ningún otro bien tenga, es de verdad bienaventurado; y quien a Vos no tiene, ¡ay de él, ay de él, ay de él! que malaventurado es a boca llena, aunque tenga todos los bienes que en la tierra y en el cielo hay! Esta, hermano, es obscuridad de la noche, y por eso pasa tan grande engaño, y lo sufres tú, que te dan un chanflón (2) y dicen que es ducado de a diez, y te llevan un gran pedazo de oro diciendo que es plomo, y tú estás tan ciego y tan miserable que te huelgas de la miseria que te dan, y lloras cuando la pierdes, y no sientes que te quitan a Dios y te han engañado con inmenso daño.

San Agustín cuenta de sí, en el tiempo que estaba sin la gracia de Dios, que cuando leía en Virgilio que la reina Dido se mató porque se fué Eneas y la dejó, se le enternecía el corazón y lloraba; y quéja-

(2) *Chanflón*: moneda antigua de dos cuartos.

se él después de sí mismo diciendo: «¡Y sufría yo, Señor, con ojos secos ser apartado de Vos, vida mía, Dios mío!» Lloraba porque se había apartado un ánima de un cuerpo, y sufría con ojos enjutos haber apartado a Dios de su ánima, la cual queda más tea, pesada y muerta, por apartarse Dios de ella, que queda un cuerpo cuando el ánima sale de él.

### 7.—*¡Acude a la Medianera!*

Hermano, si tu desdicha ha llegado a tanto que por un sucio deleite, vedado por la Ley de Dios, o por desearlo tomar, o por una malquerencia o murmuración, o por otro quebrantamiento de la divina Ley, estás en tinieblas de noche y no ves la lumbre del cielo, gime tu mal, y da muchas gracias a la divina bondad que te dejó llegar a este día, y venir a la iglesia a celebrar día del Nacimiento de esta benditísima Niña, que no sólo tiene lumbre de alba, y de luna y de sol, y gran fortaleza para Sí misma, mas aun también para ti. El alba, en medio está de la noche y del sol; y esta Virgen bendita medianera es entre los pecadores que viven en noche, y entre Jesucristo nuestro Señor, sol verdadero. Y como no se puede pasar de la noche al sol sino por el alba, tampoco quiso Dios que alguno pasase del pecado mortal a la gracia sino por María. Hermano, no desesperes. ¿Quieres ser curado? ¿Quieres sanar de estas heridas mortales? Si quieres, no me respondas (*Jn.*, 5): *No tengo hombre*. Un hombre tienes para tu remedio, que es Hijo de Dios, Jesucristo, que aboga por ti delante del Padre, y puso a riesgo de muerte su vida por ti. Y a éste que es *carne de tu carne y hueso de tus huesos le puso el Padre en sus manos todas las cosas*, como Él mismo lo dijo (*Mt.*, 11, 27); y a éste hizo Juez tuyo, y *tiene las llaves de la muerte y del infierno* (*Apoc.*, 1, 18), y de la vida y del cielo; porque si te recatabas de entrar en juicio en el tribunal del Omnipotentísimo Padre, no te recates de entrar en juicio de Él, que aunque es un mismo Dios con el Padre, es hombre contigo, y dió la vida por ti. Juzgado fué de Poncio Pilato, y por eso es constituido por Juez de vivos y muertos; y como el Evangelio dice (*Jn.*, 5, 22): *El Padre, no juzga a ninguno, porque todo el juicio dió al Hijo*. Da gracias a Dios por haberte

dado por Juez uno que es hombre y Dios, y que *sabe de enfermedades* (Is., 53, 3), y que *fué tentado para con la experiencia aprender a ser piadoso* (Hebr., 2, 17) y en todo tal cual lo ha menester y lo podía desear la humana flaqueza.

Mas porque el desmayo y temor que causa el pecado en quien lo comete es en gran manera muy grande, y con su gran peso hizo desesperar a Caín (*Gen.*, 4) y a Judas (*Mt.*, 26) y otros muchos, y conociendo Dios esto quiso, como San Bernardo, dice, consolar nuestra flaqueza, confortar nuestro temblor, con darnos por abogada a esta Virgen bendita que hoy nace; cobra, hermano, alientos nuevos, pues que estás en el nacimiento de esta *alba* muy alegre. Y si las enfermedades de pecados te traen cansado, atemorizado y triste en la noche en que has vivido, mira que al alba sienten los enfermos alivio, y las aves cantan, y nace nueva alegría. Gózate de este día de la buena nueva, y animate y pide misericordia a esta nueva abogada y piadosísima Madre que hoy nace para tu consuelo. Y si tienes miedo de allegarte a Jesucristo, porque no sólo es hombre, hermano tuyo, sino Omnipotentísimo Dios de majestad infinita, allégate a esta Virgen sagrada, mansa y piadosa, y que no tiene otra naturaleza más que la humana, y como San Bernardo dice: «Si hallares en Ella alguna cosa áspera, alguna desabrida respuesta, algún rigor de justicia, yo te doy licencia para que la temas.» Mas todo lo que en Ella hay es blandura; no sólo para los justos que andan en lumbre, mas como *luna* perfecta y hermosa, llena de misericordia, que nació para ser abogada de buenos, luce a los que andan de noche para que no se pierdan, y poco a poco vengan a la lumbre del sol. Y como la luna es el planeta, entre los siete, el más cercano a nosotros, así esta luna nos es dada por verdadera Madre, y tan cercana para nuestro remedio, que [a] ninguna pura criatura en la tierra ni en el cielo tan presto le tocan nuestras miserias como a su virginal corazón, tan rico en misericordia, que la llama la *Iglesia Madre de misericordia*. La luna tiene poder sobre las aguas, que significan las tribulaciones; y esta piadosa Señora está diputada por Dios para socorro de atribulados, y es universal limosnera de todas las misericordias que Dios hace a los hombres y en lo que se ocupa es en tener las manos hacia arriba para recibir mercedes de Dios, y luego volver-

las hacia abajo para darnos lo que ha recibido. Aprovechate, por amor de Dios, de tan buena oportunidad, y no dejes pasar este día de misericordia lleno.

### 8.--¡Ya es hora de caminar!

El alba nace, ella misma da voces con la lumbre que trae, y dice: Ya es tiempo de caminar, ¡levantad los dormidos! Los gallos cantan, y las otras aves también; y la Virgen está desde el cielo dándote voces en este santo día que Ella nació, que despiertes del sueño del pecado, y que andes en la lumbre de Ella, que te será fiel abogada y piadosa Madre. Los gallos, que son los predicadores, te dan voces también, por boca de los cuales te dice Dios también lo que dijo por boca de San Pablo (*Efes.*, 5): *Levántate tu que duermes, despierta de entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo.* Dios quiere salvarte, y te ruega con el perdón; la Virgen desea lo mismo, los ángeles de la misma manera; los predicadores y toda la Iglesia te desea ver fuera de esa triste noche en que vives. ¿Qué respondes a tantos como te ruegan que no te vayas al infierno, sino que sirvas a Dios y ganes para siempre el reino del cielo? ¿Qué respondes? ¡Recuerda, que duermes!

¡Oh Señor, y qué recia cosa es estar un hombre embebecido y embriagado en un falso deleite, en una malquerencia endurecida, en tener las cosas ajenas, en otras semejantes miserias! A los cuales acaece que duermen profundamente este sueño, sin que valga ponerles (3) la palabra de Dios delante de los ojos para recordarlos que es luz verdadera para despertar los dormidos, así como si les dijese: «Infierno hay para siempre donde has de pagar con eternos tormentos el placer momentáneo que te dan aquí los pecados; el cielo pierdes si la tierra amas; Dios se te va por una puerta, si el pecado entra por otra; enemigo es Dios del malo y de la maldad; y no se podrá acabar con Él que esté bien contigo, si no aborreces y echas de ti sus enemigos y tuyos, que son los pecados.» ¿Quién podrá dormir si le ponen esta luz a los ojos? Y por eso muchos con malaventurado consejo quitan

(3) *Sin que valga ponerles; la edición de 1596, que si uno les pone.*

sus ojos de la lumbre; y ni quieren procurar ni oír las palabras de Dios, por no tener quien les haga mal sabor a sus dañadas voluntades. Y otros, más endurecidos, quieren mal a la verdad y a quien se la dice. Y como uno que está muy dormido y no quiere que le recuerden, apaga la lumbre que le ponen ante los ojos y se enoja con quien se la puso, así éstos, dignos de ser llorados con lágrimas de sangre del corazón, han hecho concierto con el pecado e infierno, y pésales tanto de quien los quiere apartar de sus malos caminos, que ni querrian que hubiese verdad ni justicia, honestidad ni vergüenza, ni aun quien la dijese. Viven en tinieblas; y *todo hombre que hace mal, aborrece la luz, y no quiere venir a ella*—dice San Juan (3, 20)—*porque no parezcan sus grandes maldades. ¡Oh engañados hombres y desdichados! Tomad otro consejo, que ése no os puede valer. Ha dicho el Hijo de Dios (Lc., 12): Las cosas que predicasteis en tinieblas, serán predicadas sobre los tejados; y tiene ordenado que todas las obras de la noche, que son los pecados, salgan a la plaza en el día del juicio, donde sean examinados y condenados, y parezca su fealdad con la lumbre de Dios; y vosotros no seréis poderosos para hacer que se quebranten estas palabras, ni deje de ser lo ordenado por Dios. ¿Qué me responderéis? Levántate, levántate tú que duermes entre los muertos, y alumbrarte ha Cristo; que el alba es nacida, ya es tiempo de caminar.*

#### 9.—No lo dejes para adelante.

¿Por ventura habrá aquí alguno a quien parezca mal esta amonestación? Antes la agradecerá conociendo lo que le importa; mas oírla ha, y no la tomará (4), esperando que acabará ciertos negocios, o que gozará primero de su gusto (como ellos dicen), y dormirá todo este tiempo, y después recordará. Hombre, ¿quién te hizo a ti dios, que quieres el oficio de Dios, pues que dijo nuestro Señor (Act., 1): *No queráis saber los tiempos y momentos que el Padre puso en su poder? ¿Qué sabes tú si llegarás a ese tiempo que te prometes? No tienes certidumbre que llegarás a la noche, ¿y aventuras tu salvación sobre la incertidumbre*

(4) Tomará; la edición de 1596, *amará*.

de vida? Y ya que supieses que te habías de enmendar, ¿quién es tan necio, que estando cautivo en poder de turcos, con muy mal tratamiento, y a peligro cada día de perder la cabeza, responda a quien luego le quiere rescatar: «No quiero salir tan presto, hasta de aquí a dos o tres años, no por otro fin sino por estar aficionado a alguna mala mujer, o cosa semejante a ésta»?

Hermano, no seas más imprudente que los niños y que los infieles, y que los animales, que si en un pozo caen o en cieno hediondo, no sólo dan la mano luego a quien les ayuda para salir, mas aun con voces llaman a quien les socorra. San Agustín lloraba en algún tiempo esta dilación que había tenido cuando estaba en pecado, y decía: «Llamábasme Tú, Señor, y decíasme: «Levanta que duermes, y sal de entre los muertos.» Mas yo, Señor, no respondía sino palabras de hombre dormido. «Espérame un poco, ahora me levantaré.» Mas aquel poco ¡cuán largo era! y aquel *ahora* nunca venía; y así dilatando yo de vivir en Ti, no dilataba de morir en mí.» De esto se queja San Agustín; y si Dios te da lumbre, y algún tiempo te saca de entre los dormidos y muertos, también llorarás tú porque pecaste, y porque en pecando no te levantaste con el socorro que Dios te prometía, extendiendo su mano para tu remedio.

¡Oh qué cuchillo de dolor atraviesa el corazón del cristiano cuando se acuerda que pudiendo servir a nuestro Señor, ha servido al demonio! Ejemplo tenemos en el mismo San Agustín, que decía: «Tronaste, Señor, desde arriba con una voz grande, y dijiste: *Hágase la luz.* Y fué hecha la luz en mi corazón, y vi las tinieblas en que había estado acostado, y espantéme y dije: «¡Ay, ay de aquella ceguedad cuando no te conocía; ay de aquel tiempo cuando no te amaba! Tarde te conocí, hermosura tan antigua; tarde te conocí, hermosura tan nueva.» No sientes ahora el mal en que estás, como el loco, ni el que tiene modorra; mas si Dios te diese salud, darás unos gemidos de grave dolor por los golpes que te diste estando sin seso. Y la principal señal que uno tiene de que Dios es venido en su ánima, es si dice de corazón: «Pésame, Señor, de cuán tarde os he conocido.» ¿Qué dilatas, pues, hermano, lo que está cierto que tanto te cumple? Y no sabes, si ahora lo dejas, si después lo habrás; y si lo hubieres, será con mayor

trabajo; porque la mala costumbre que habías alcanzado, y los pecados que hicieres de aquí allá, te pondrán en mayor aprieto, pues que mayores pecados piden mayor pena, y la mala costumbre es muy dificultosa para quitar.

Ahora tienes buen aparejo; brama en tu corazón y di: «¿Cuándo ha de ser el fin de mis fealdades y abominaciones? Ahítome de comer a la continua un manjar, aunque sea bueno, ¿y aun no estoy ahito de ofender a Dios, tantos años ha comiendo, no manjar, sino verdadera ponzoña? Si no pongo fin a mis males, ¡ay de mí, que (*Job, 17*) *el infierno es mi casa!* Y si algún día los tengo de dejar y llegarme a Dios, ¿por qué no será luego, pues el remedio es más cierto, y el trabajo menor, y la ganancia muy mayor sin comparación? No quiero más guardar estos puercos, que aun de lo que a ellos les sobra yo no me harto (*Lc., 15, 18*). *Levantarme quiero, e irme a mi Padre y decirle: Padre, pequé contra el cielo y contra Ti, no soy digno de ser llamado tu hijo; haz conmigo como con un jornalero tuyo.*

#### 10.—La gracia preveniente, favor de María.

Hermano, si ese brío y esos propósitos andan meneando tu ánimo, entiende que te ha amanecido el alba, que es el aparejo para venir a estado de gracia; entiende que anda por tu corazón el favor de la Virgen María que te ha alcanzado la gracia preveniente, significada por Ella misma, con que te aparejes a recibir la gracia de Dios, que te ponga en su amistad. No es del hombre ponerse en estado de gracia, ni tampoco lo es el aparejarse para que Dios lo ponga; dádiva es de Dios el perdón de nuestros pecados; dádiva suya es el darnos *corazón arrepentido y humillado* (*Ps., 50*) y con propósito de verdadera enmienda. Esta disposición menea el corazón humano, por asentado que esté en sus vicios y pecados, y hace volver los ojos a Dios, y temer al que antes tenía en poco (*Cant., 5*): *Mi amado—dice la Esposa—metió la mano por el agujero de la puerta, y mi vientre tembló, o mis entrañas temblaron cuando me tocó.* No es cosa fría lo que se siente en el corazón del hombre a quien Dios ha tocado; hácele temblar por esforzado que sea, y abajar aunque haya sido soberbio, y tórnalo tan

blando y tan lleno de confusión, que aunque le pisen la boca no sabrá responder.

Y éste es el don que nos alcanza esta bendita Niña, que nace *como el alba*; y, según hemos dicho, es medianera entre la obscuridad de la noche y la lumbre del sol. ¡Oh, quién tan dichoso fuese que alcanzase un libro donde estuviesen escritos todos los pecadores de quien Ella hubiese sido medianera para que salgan de la obscuridad de la noche y cobren la lumbre de gracia! ¿Quién nos dirá qué de ánimas perdidas gana Dios mediante esta Niña que hoy ha nacido? Porque así como Eva desayudó al primero Adán en lo que tocaba al servicio de Dios, así esta Niña es criada para que ayude al segundo Adán, que es Jesucristo, para ayudarle a la redención y a recoger las ánimas por quien Él derramó su sangre. *Él murió por todos*, como dice San Pablo (2 Cor., 5), y Ella es el *alba, luna y sol* que nace *para todos*; y aquel sólo no gozará de ella que se quiere meter, huyendo de su lumbre, en las cuevas hondas y tenebrosas de sus pecados. Ten, hermano, confianza en esta Virgen sagrada, que si tú quieres llamarla con ruegos, hacerla servicios, implorar su misericordia y oficio de interceder, sentirás que ni Ella es sorda para oírte, ni tus oraciones y servicios saldrán en balde.

### 11.—*Contra la desconfianza.*

Poderosísimo es Dios, y de buena gana emplea su poder en sacar ánimas de pecados. Y escrito está en Job (36): *El te librará de la boca angosta, y del pozo que no tiene suelo.* Guárdate, hermano, guárdate de la estrechez de la desesperación; no se estreche tu corazón con la desconfianza por la muchedumbre de los pecados que has cometido. Ora al Señor lo que dice David (Ps., 68): *No me hunda la tempestad del agua, y no cierre el pozo su boca sobre mí.* Por mucho y mucho que hayas pecado no desconfíes de la misericordia de Dios, y no te dejes apretar, ni pienses que con su favor te será imposible la salida del pozo, por angosto que sea, y aunque no tenga suelo; porque quien cae en un pecado mortal, de allí cae en otro, y después en otro y en otros; y si no es porque la mano piadosa de Dios le tenga que no baje más, el pecar no tiene suelo ni fundamento donde parar.

No me alegres que tus pecados son muchos, porque más poderosa es una gota de sangre que el Hijo de Dios derramó, si de ella te quieres aprovechar, que todos tus pecados para te condenar. Ni me digas: «¿Cómo, Padre, enmendaré mi vida, que estoy mal acostumbrado, y me parece imposible dejar de vivir como vivo?» Que escrito está (*Isa.*, 10): *Que echando aceite en el yugo, se podrece el yugo*; y con una poca de gracia que el Señor eche en tu corazón, se desharrá ese yugo de mala costumbre que te tenía debajo de sí, y como carga pesada, te llevaba donde quería. Y si el demonio te tiene cautivo, y cuando quieres pelear con él y escapar de su tiranía sientes que es más fuerte que tú, tampoco desmayes, porque escrito está (*Is.*, 49, 24, 25): *¿Por ventura la cautividad podrá ser libre de la mano del fuerte? ¿O la presa será quitada del muy robusto? Pues yo os digo—dice Dios—que aunque esto no sea posible a fuerzas humanas, que con el favor de mi brazo la cautividad será libertada de la mano del fuerte; y lo que asió y prendió el robusto le será quitado.* No tengas, hermano, tú esas congojas; que una Niña te es nacida que ha quebrantado la cabeza del demonio, y no sólo en Sí misma, mas en las ánimas de los pecadores. Nacida te es hoy para tu consuelo y remedio; ponla por intercesora entre Dios y tú; gime tus culpas y pecados, y vete a Ella, que como verdadera Madre te halagará, remediará y consolará.

### 12.—*Haz progresos en la virtud.*

Y si Dios tanta merced te hace, que después de tu mala vida y obscuridad, te nazca lumbre de alba, no pares ahí, imita a la Virgen que creció de luz en luz; y tras la del alba, tras tus buenos principios, crece en lumbre de luna, para que tu vida pasada, que fué ejemplo de obscuridad y causa que otros pecasen, sea ya lumbre para traer al servicio de Dios a los que están en tinieblas, y consideran cómo tú también lo estuviste, y ahora estás fuera de ellas. Si comienzas a servir a Dios, comienza de verdad, comienza con denuedo, comienza perfectamente. Mira cómo no hay hombre en los negocios del mundo que, si puede tener mucho, tenga poco, y si puede emplear su dinero donde le gane ciento, no se contenta con cincuenta. Ten tú una santa codicia de ser rico de los bienes

verdaderos y eternos; pues aquéllos tienen vana codicia y pasan muchos trabajos por henchir sus arcas, bolsas y senos de un poco de estiércol y pura vanidad, que ni los hace mejores un solo cabello delante del acatamiento de Dios, ni les podrá librar en el día terrible del juicio de Dios; antes les será más carga, y les pondrá en mayor estrechura lo que aquí pensaban que era ganancia y placer.

Grande es el engaño de la gente tibia en el servicio de Dios, que por huir unos pocos y chicos trabajos, caen en muchos mayores. Porque si ponen en una balanza los trabajos que pasan los que sirven a Dios con fervor, y ponen el hacha a la raíz de sus pasiones para desarraigarlas y cortarlas con el cuchillo de la palabra de Dios y con la imitación de la vida y muerte de Jesucristo, son muy menores en comparación de los trabajos que pasan los tibios, que se contentan con vivir descuidadamente en lo que toca a su aprovechamiento, y se contentan con una vida floja que solamente tiene cuenta, y aun ésa muy negligente, con no cometer pecado mortal.

Caen éstos muy a la continua en pecados veniales graves (5), que son causa de harta tristeza; y de allí algunas veces caen en pecados mortales, que son fruto amargo que del pecado se sigue; y no gozan de la victoria perfecta de sus enemigos, ni sienten el placer de la limpia conciencia, ni la fuerte esperanza que alegra las entrañas de la herencia del cielo, ni los dulces frutos del amor divinal, el cual hace los trabajos que por Él se padecen más dulces que los placeres que dan los pecados del mundo. Que no mintió quien dijo: «Más dulces son las lágrimas de los penitentes, que los deleites de los reyes.» Y si llorar por Dios excede a los placeres del mundo, ¿en qué lugar pondremos el gozar con Dios?

Hermano, pasa adelante; no te perdones ni te parezca duro cualquier trabajo, porque crezca en ti la gracia de Dios. Porque así como hallaste a la Virgen fuerte y piadosa para que salieses de la obscuridad de la noche a la lumbre del alba, de la misma manera la hallarás también para que crezcas en la buena vida que con su oración te alcanzó. Y dichoso serás tú si algún día vinieres a tanta bienaventuranza en aques-

---

(5) Cuáles sean éstos, véase Tratado 17 del Santísimo Sacramento, n. 6.

ta vida, que no sólo tengas luz de alba y luz de luna, más también seas semejable a la lumbre del sol. Entonces arderá tu corazón suavísimamente en el amor divino. Entonces te deleitaras en imitar a Jesucristo nuestro Señor en su santa vida y en su muerte, y te sabrá bien su benditísima Ley, y sentirás mucho cualquier pecadito por pequeño que sea, y no tratarás tanto de cómo no le ofenderás, como de servirle mejor y mejor, y tener por regla de tu vida el santo contentamiento de Él; y de allí pasarás a ser espantable a tus enemigos, y experimentarás en ti lo que dijo David (Ps., 118): *Aborrecido he la maldad, y abominándola he, y amado tu Ley.* Porque el buen cristiano esta señal ha de mirar para si ama a Dios verdaderamente. Como cuando le convidan con manjar desabrido, y que su estómago le abomina y alanza de sí; de esta manera su ánima *abomina* y *aborrece* el pecado como una cosa asquerosa y que le causa abominación. De esta manera se vencen los pecados y se matan; porque el *aborrecimiento* verdadero de ellos muerte suya es. Y si te hallares flaco en esta pelea, y hallares algún gusto, por pequeño que sea, en algún pecado, alza luego los ojos a esta Virgen sagrada, pidiéndola te alcance salud para tu paladar estragado, y que aquello te sepa bien que a Dios sabe bien, y mal lo que a Él sabe mal. Porque aunque es mujer, es Mujer fuerte, y aquella misma la cual Salomón deseaba hallar cuando dijo (Prov., 31): *¿Quién hallará mujer fuerte?* Mas cuando le fué revelado que había de nacer esta que nos ha hoy nacido, dijole en persona de Dios (Cant., 4): *Mi cuello es como la torre de David, de la cual están colgados mil escudos y todas armas de fuertes.*

### 13.—Plegaria a la Virgen.

¡Oh Niña para siempre bendita, la más cercana a Dios humanado de cuantas hay en el cielo y en la tierra! Él es la cabeza, y la cosa más cercana a Él es el cuello, que sois Vos, tan alta en virtud y santidad, y mucho más, que *la torre de David*, en espiritual alteza. De Vos están colgados *mil escudos*, y todo género de armas para que peleen los fuertes, y para que los flacos se hagan fuertes. Y quien en vuestra vida mirare, hallará las armas que ha menester para pe-

lear las peleas de Dios, si las quisiere tomar. En Vos tienen que mirar los niños, los mozos y los viejos; en Vos los que se casan y no se casan, los mayores y los menores. Ni hay virtud que Vos no enseñéis, ni trabajo en que Vos no los consoléis y esforcéis, porque fuisteis Vos la más Santa de las santas, y la más trabajada de todas. Vos sois puesta para medio de nuestro remedio delante del acatamiento de Dios; en vuestras manos, Señora, ponemos nuestras heridas para que las curéis, pues sois enfermera del hospital de la misericordia de Dios, donde los llagados se curan. Y aunque tenemos gran confusión y vergüenza de presentar delante de tanta limpieza la hediondez de nuestras abominables llagas, cremos que os dotó Dios de tanta misericordia, que vuestra limpieza y pureza no se desdeña ni alanza de sí a los pecadores llagados, mas que cuanto es mayor su necesidad, tanto más vuestra misericordia os mueve a su remedio, conformándoos con vuestro Hijo bendito, que *no vino a llamar justos, sino a pecadores a penitencia* (Mt., 9, 13).

A Vos, Señora, presentamos nuestros males para que delante del trono de Dios los deshagáis y alcancéis perdón de ellos. A Vos también presentamos nuestras obras, aunque llenas de muchos defectos, y en vuestras manos sagradas ponemos nuestro corazón; para que Vos, [que] como otra Rebeca (*Gen.*, 24) y muy mejor que ella, sabéis, muy bien lo que es gustoso a vuestro Hijo bendito; guiséis nuestro corazón y nuestras obras de manera que sean sabrosas a su Majestad, para que teniéndoos a Vos por defensora contra nuestros males, y por nuestra en nuestros bienes, los reciba el Señor, hallándolos en vuestras manos, no mirando a las nuestras que los hacen, sino a las vuestras que los ofrecen. Alcánzanos, Virgen santísima, gracia para que con ella y por ella merezcamos veros en la gloria.

## TRATADO 7.º

### PURIFICACIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

(Ofrecimiento de nuestro Primogénito.)

*Sanctifica mihi omne primogenitum, tam de hominibus quam de jumentis; mea sunt enim omnia.*

Santifícame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.

(Ex., 13.)

#### 1.—Salutación.

Comencemos el sermón por donde comenzamos la Misa: *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui* (Ps., 47). Hemos, Señor, recibido tu misericordia en medio de tu templo. Este es el ofrecimiento de gracias que hace hoy la santa Madre Iglesia a Dios por haber enviado hoy su Hijo al templo. Orígenes dice que uno de los nombres con que es llamado Jesucristo es *Misericordia*; y así, decir que Dios es *Padre de las Misericordias*, es decir que es Padre de Jesucristo. Hoy fué presentado al templo el Señor del templo, y por manos de otro más verdadero templo, que fué la Virgen; y pues en ella lo recibimos y por Ella, roguémosle que, mediante sus oraciones, ahora lo recibamos.

#### 2.—Fiesta de la Presentación.

*Sanctifica mihi...* «Ofréceme—dice Dios—todos los primogénitos, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.» San Gregorio dice que

no se puede edificar moralidad sin contar primero la historia. Y así habéis de saber que hoy, cuando menos, concurren tres fiestas, las cuales son Purificación, Presentación, Candelaria o fiesta de Simeón. La Presentación, que es la mayor, fué cuando no queriendo Faraón soltar al pueblo de Israel de Egipto, aunque Dios le había castigado con nueve plagas o azotes, matóle Dios en una noche todos los primogénitos, desde el primogénito del rey hasta el primogénito de un esclavo (*Ex.*, 13); y entonces dejóles Faraón salir a sacrificar, y así dijo Dios: «Pues para libraros maté yo los primogénitos de Egipto, justa cosa es que, en reconocimiento de esta merced, me ofrezcáis a mí todos vuestros primogénitos. Los primogénitos de una tribu, que es la de Leví, serán míos para siempre (*Lev.*, 27); los demás redimirlos habéis por cinco siclos cada uno.» Y si fuesen animales sucios, como perros, o los habían de matar, o trocarles por otros (*ut ibi dicit*): *Omne primogenitum asini mutabis ove*. Y esto se llamaba *Presentación*; la cual se hacía en los cuarenta días después del nacimiento; y así dice el Evangelio (*Lc.*, 2): *Postquam impleti sunt dies Purificationis Mariae*; la glosa interlineal dice, y refiérese a nuestra Señora, según nosotros en nuestro texto decimos, o como quiere la misma glosa a Jesucristo, no porque en ella hubiese que purificar, sino para denotar lo que mandaba la Ley; como si dijese: los cuarenta días que la Ley mandaba para la purificación.

### 3.—Fiesta de la Purificación.

La segunda fiesta se llama Purificación, la cual es por los pecados que la mujer hiciere en el embarazo, en la concepción y en el parto: en la concepción del niño, en superfluos deleites; en el embarazo, antojadiza, regalada; después del parto, descontentadizas, rencillosas, enojosas. Por tanto, mandaba Dios que por estos y otros semejantes pecados, que si pariese hijo, hasta cuarenta días no entrase en el templo; y si hija, ochenta; y a los cuarenta días llevase un cordeiro si fuese rica, o un par de tórtolas o palomas si fuese pobre. Pero por esta parte, libre era la Virgen; porque particular cuidado tuvo Moisés de sacarla cuando dijo (*Ex.*, 13): *La mujer que hubiere concebido de varón*; para dar a entender que había de ve-

nir la Virgen, que no concebiría de varón, sino de Espíritu Santo; pero quiso cumplir la ley como verdadera obediente a la ley para dar ejemplo de obediencia.

#### 4.—Fiesta de la Candelaria.

La tercera fiesta es del Santo viejo Simeón, el cual deseaba y pedía al Señor que enviase la salud que había prometido a todo el pueblo. Para lo cual habéis de imaginar que tal día como ayer, teniendo la Virgen aparejada su ofrenda, salió del portal de Belén y de do había parido; porque no era lícito salir del lugar donde pariese hasta el día de la Purificación o Presentación; y compró un par de tórtolas o palominos como pobre (*Lc.*, 2), porque el oro que los reyes le habían dado, ya lo había, como misericordiosa, expendido a pobres. Y ayer tarde vino a Jerusalén; y esta noche dormiría en casa de algún amigo o pariente. Y tal como esta mañana viene al templo con su Niño en los brazos, y amanece con su sol, más claro que éste, en el templo. Y había un hombre *justo y temeroso*, porque no puede ser justo sin temer (*Eccli.*, 1, 28): *Qui sine timore est, non potest justificari*. Porque el que no tiene temor, presto caerá. El que dice: «Aunque vaya allí, no caeré; aunque vaya a tal casa, no me acaecerá nada», presto caerá. Y por tanto dice el Sabio (*Prov.*, 28): *Beatus vir, qui semper est pavidus*. «Bienaventurado el varón que está siempre temeroso.» Y antes había dicho (*Prov.*, 14): *Sapiens fugit, et declinat a malo: stultus confidit, et transilit*. «El sabio huye y apártase del mal, y el necio cae.» Y así el Santo viejo, como era justo, temía.

*Et expectaba redemptionem*. No puede haber mayor señal para ver si este buen viejo era santo y bueno, que desear el bien común. Dice San Ambrosio: Era justo porque deseaba el bien del pueblo. Decía: «¿Pensáis que tengo de ver tanto bien? ¿que tengo yo de ver con mis ojos al Señor? ¿que vea yo la libertad del pueblo? ¡Oh Señor, si Vos sois servido, no me llevéis hasta que yo con mis ojos vea tanto bien!» Este era viejo; que no nos consta ser sacerdote, y tan deseoso del bien común. Padres sacerdotes: si hubiera ahora muchos Simeones, ¡qué bienaventurados fuéramos! Qué confusión para nosotros, que nos contentamos con decir Misa, ¡y qué de paso! ¡y qué de pri-

sa! ¡sin amor sin agradecimiento! Bienaventurado el que cuando tuviere a Cristo en sus manos sintiere lo que este viejo Simeón. Que el sacerdote tan limpio ha de ser, que no ha de llevar pecados que llorar en el altar, sino los pecados del pueblo; porque, según San Agustín dice, el pecado mortal no es pecado de cristiano. ¿cuánto menos lo será de sacerdote? Y así se quejaba Dios por Malaquías diciendo (*Malach.*, 2): *¿Porque me hinches mi altar de gemidos?* Lo cual se puede entender de dos maneras. La una, de las quejas que tienen vuestros prójimos de vosotros, padres sacerdotes, las viudas pobres. La segunda se puede entender: *¿Por qué hacéis pecados que tenéis después que gemir en mi altar?* Decid, aunque veis las necesidades de la Iglesia, ¿cuántas lágrimas os cuestan? ¿Cuántos gemidos rogando a Dios que la remedie?

Cuando Urías fué llamado de la guerra por David, y lo envió a dormir con su mujer y dijo (2 *Reg.*, 12): *Arca Dei manet in papilionibus.* «El Arca del Señor queda en los casares, y mi señor Joab peleando contra mis enemigos, ¿y que duerma con mi mujer? ¡Por la salud de tu ánima, no haré tal cosa!» Mirad qué respuesta de un hombre casado. Y aun por no haber muchos Urías, anda el mundo como anda. Este, por estar el Arca en el campo peleando contra sus enemigos no quiso llegar a su mujer propia, y habrá ahora muchos que deseen llegar a las ajenas.

Pues porque el Santo Simeón deseaba este bien común, por eso era justo; y así como Dios se lo había prometido se lo cumplió, porque vino *in spiritu in templum*. No quiere decir que vino en espíritu, y no en cuerpo, sino movido por Espíritu Santo. No como vienen muchos, a hablar, a reír, o movidos por otras vanidades.

*Et accepit eum in ulnas*, etc. ¡Qué pensáis qué regocijo tendría cuando viese tal merced, y tan deseada, cumplida, y viese en sus brazos el bien del mundo! Comiézase a hacer niño con el niño, que es Cristo. *Renovarse ha como la del águila tu juventud* (*Ps.*, 102). Si en el deseo de este Santo te ocupases, o con él vieneses con espíritu al templo, la Virgen te daría su Hijo en los brazos como a éste; y pues es tan ddivosa, pidámosle a su Hijo, que dárnoslo ha. *En las manos* lo tomó; porque no le recibió por palabra, sino por obra. Aquel recibe la gracia del Señor *en sus manos*, que la pone por obra. ¿Veis cómo se rego-

cija el buen viejo teniendo a Dios en sus manos? Pues ¿cómo puede un sacerdote ofender a Dios teniendo a Dios en sus manos? ¡Oh quién con trompetas dijese aquel (*Dan.*, 3) *Benedicite, Sacerdotes Domini, Domino!* ¡Cómo no nos deshacemos de alegría cuando vemos a Dios en nuestras manos! *Derretidose ha mi ánima después que me habló mi Amado*—dijo la Esposa (*Cant.*, 5)—. ¿Cómo nos atrevemos a le ofender, y no decimos como José de su amo (*Gen.*, 39): *¿Cómo podré yo ofender al que todas las cosas de su casa me tiene entregadas?* ¿Con qué ojos le vemos, pues así le ofendemos puesto en nuestras manos? ¿Sabéis de adónde viene no sentir lo que este Santo viejo? Por no haber con lágrimas procurado y demandado esta venida, como éste la pidió. ¡Oh qué pena debe haber para el mal sacerdote en el infierno! San Basilio dice que a la muerte del buen sacerdote muchos ángeles bajan del cielo por su ánima, y a la muerte del malo muchos demonios vienen por su ánima.

Bendijo a Dios, y dice: *Nunc dimitis*. Con razón, por cierto; porque quien a Dios recibe, ni tiene más que pedir, ni que desear.

##### 5.—«*Mías son todas las cosas.*»

*Santifica mihi*, etc. Echad mano a las bolsas. ¿Traéis bolsas? Día es hoy de dar y ofrecer a Dios mucho, pues tanto demanda: *Santificame todo primogénito, así de hombres como de animales; porque mías son todas las cosas.*

—Espantóme, Señor, cómo a gente tan pobre y tan avarienta como nosotros, le pedís tanto. Señor, si yo fuese tan largo como la Virgen, daría todo lo que me pedís; pero pobre y avariento ¿cómo lo podré dar? Pues en esa palabra me demandáis que os dé todas las cosas. *Dame tu primogénito*, que es tu primer amor.

—Ponen dos maneras de amor los filósofos (1), uno de concupiscencia, y otro de amistad. El de amistad te pide Dios, pues en Él está bien empleado. ¿Para qué quieres riquezas? Para comer y vestir. ¿Y para qué quieres comer y vestir? Di la verdad, que no es

(1) 1.<sup>a</sup> 2ae q. 26, a. 4.

sino porque te quieres bien. Pues ese amor propio, el cual es causa de todos los otros amores, ése es *tu primogénito*, el cual Dios te pide. Dame el amor de tu ánima, el cual es causa de todos los otros, y fin y paradero de ellos. Dame acá la fuerza de tu ánima; veamos si me amas de veras. ¿Qué hay que no haga un hombre por amarse a sí mismo? A las Indias va; ni teme mar, ni trabajos, ni muerte. Dame acá tu primer amor.

—Bien parece, Rey mío, que tenéis ojos de lince, que penetráis lo secreto de mi corazón; bien parece que habéis escudriñado todos los rincones y secreto de mi corazón, pues en sola esa palabra me pedís cuanto tengo, mi vida, mi ánima y mi cuerpo.

—Dame ese primer amor, porque es mío.

—Pues, Señor, si es vuestro no puedo hacer otra cosa; por fuerza os lo tengo de dar.

—No lo quiero por fuerza ni por temor, sino dame tu amor, y dámelo por amor.

—¿Señor, a un hombre tan miserable y tan necesitado pedís tanto? En verdad que habéis de enseñar títulos de cómo es vuestro, si queréis llevar vuestra herencia; si no, alzarémonos con ella.

—Pues sea el primer título. Poned de una parte en una balanza un enojo de Dios, y de otra parte en otra balanza todos los tormentos que se puedan imaginar, y toda muerte cruel. Mirad qué tal Señor es Dios, que antes habéis de elegir todos los tormentos y muerte, que no hacer un enojo a Dios; mortal pecado se entiende.

—Recia ley es ésa.

—Decía Elías a la vieja de Sarepta (3 Reg., 17): «Haz para mí primero de esa harina y aceite una torta, y después para ti y para tu hijo.» ¿Habéislo entendido? Que primero habéis de cumplir con Dios, que con vuestra honra, que con vuestra hacienda, que con vos mismo. Haya para Dios y falte para vos.

—Palabra recia y dura.

—No es recia ni dura, sino tú eres recio, duro y flaco para cumplirla.

—Muéstrame título

*Mea enim sunt omnia* (Ex., 13). Llevad vuestro niño delante de Dios, y pareceros ha cosa justa llevar el niño a *Jerusalén*, que quiere decir *vista de paz*. Dicha ánima, de la cual se dijere con razón lo del Evangelio: *Tulerunt puerum*: Llevaron el niño a Jerusa-

lén. Cuando os pareciere recia ley, llevad vuestro niño, que es vuestro espíritu, a Jerusalén, *a vista de paz*, y veréis cómo es cosa justa; llevad vuestro niño a considerar quién es Dios, a considerar su hermosura, su bondad, y hallaréis que Majestad infinita demanda reverencia infinita; la bondad investigable todo tu amor pide.

Si entendiésedes estos títulos, todos veríades que todo se le debe. Mandáis cuando estáis malo matar una gallina: ¿para qué la mandáis matar?

—Para vivir yo, porque es mía.

—Pues si os parece cosa justa matar vos un animal para vivir vos porque es vuestro, más sois vos de Dios que es el animal vuestro; pues luego aunque muriédes vos por su contentamiento, con justo título os pedía la vida. Matar vos por vuestro contentamiento vuestro animal, aunque no tengáis necesidad de él, no es pecado; porque por ser vuestro os debe la muerte. Siendo vos más de Dios que el animal vuestro, más verdaderamente le debéis la muerte, y padecer cuantos tormentos se os ofrecieren por Él, y amarle sobre todas las cosas. ¿Qué os parece que piensa un corazón de carne cuando oye decir que es menester padecer trabajos por no desagradar a Dios? Pésale de tal mandamiento y ordenación de Dios, y viene a menospreciar lo que el Señor le manda.

*Santifícame todo primogenito.* Señor, aunque bastaba ese título que habéis mostrado, si fuéramos los que habíamos de ser, pero somos muy avarientos. Mirad si tenéis otro título.

Sea el segundo título: Porque yo maté al demonio y a sus primogénitos, que son los pecados; porque yo maté tus pecados, por los cuales estuvieras en el infierno para siempre jamás; yo te saqué de allá, y te puse en el camino del cielo. ¡Si entendieses cuánto debes a Dios por no te haber dado la muerte cuando tenías grandes pecados! ¿Sabes cuánto le debes? Que tanto infiernos merecías, cuantos pecados has hecho; y si considerases que tanto es no te dar el infierno mereciéndolo, como sacarte de él estando allá; si una vez de allá te hubieran sacado, ¿qué te pareciera recia ley, aunque te mandara los mayores trabajos del mundo?

—Mostrad otro título, Señor, si lo tenéis.

—*Qui habet aures audiendi, audiat (Mt., 13).* Si por matar los primogénitos le debo y me demanda este

amor, por el modo con que los mató, ¿qué le deberé? Si por matar los primogénitos tanto le debe, por matar a su Primogénito y mayorazgo, adorado de los ángeles, amado como a Sí mismo, unigénito suyo, ¿qué no te deberé, Rey mío? ¿Qué ley me parecerá recia? Pues más te debo por el modo con que me redimiste, que por el remedio que me diste.

*Quid retribuam Domino pro omnibus, quae retribuit mihi? (Ps., 115).* Él me sacó del infierno, y mató mis pecados, y para ello mató a su mayorazgo. ¿Qué te daré en recompensa, Dios mío? Mi vida no es nada, porque aunque se ayuntasen todas las vidas de los ángeles y de los hombres, y todas te las diesen, más me diste Tú en darme a mí la tuya, que te daría en dárte las yo todas. Pues ¿qué te daré, Señor, pues tan poca cosa es mi vida en recompensa de la tuya?

¡Oh bienaventurada viuda (*Mc., 12, 43*), que por mirar Dios a tu corazón, ofreciste más que todos!

—¿Qué es? ¿Que debemos a Dios ayunos, limosnas injurias?

#### 6.—*El primogénito de las bestias.*

*Praebe mihi cor tuum:* démosle el corazón, que con eso se contenta más que con todo. ¿Decíroslo he? No sé si lo diga; habéisme de perdonar, y rogar a Dios que os dé a entender esto, y quite de entre cristianos tan gran oprobio. Dice Dios: *Santificame todo mayorazgo, así de hombres como de bestias.* ¡Daca el mayorazgo de tu bestia, que es la sensualidad! ¿y no hay hombre que se lo quiera dar? Hijo de tu bestia son los apetitos sensuales y pasiones naturales. Pues si dijédes a un amigo por quien hubiédes puesto la vida: «Mata un perrillo por mí», y no lo hiciese, ¿qué sentiríades? Mal amigo es, por cierto, el que no mata una bestia por un su amigo. ¡Oh Señor, bendito seas Tú para siempre, que no me demandas, en recompensa de la muerte de tu Unigénito, sino que mate yo mi bestia, y yo no lo hago! Una bestia tienes, hombre, un apetito de gula, ira, envidia, que aunque sea pecado por parte de la razón, también lo es por parte de la sensualidad. Dice Dios: «En recompensa de que maté yo a mi Hijo por ti, mata tú esta bestia por mí. ¡Oh Señor, que es una bestia que la he mucho menester! —No te pido—dice Dios—bestia provechosa, sino perjudicial y dañosa para ti; una bestia que te ha de

acocear, morder y matar. Mata esa bestia, que son los regalos de la carne, porque si no los matares morirás, un pasatiempo malo en vuestra carne, un deleite de la sensualidad, porque si no, matarte ha a ti.» San Pablo (Rom., 8): *Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini; si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*. Si viviéredes conforme a los apetitos de la carne, moriréis; pero si con el espíritu mortificáredes los apetitos de la carne, viviréis. Si tu bestia vive, muerto estás, a Dios has perdido, y los demonios poseen tu ánima. ¿Quién no matará su bestia, pues Dios por nosotros entregó a la muerte su Mayorazgo?

—¡Oh Señor, soy muy piadoso; no puedo matar nada, no tengo corazón para ello!

—No dice Dios que lo mates tú, sino que lo des al sacerdote que lo mate, y derrame la sangre, con el cuchillo. Por tanto, si hay aquí alguno que tenga bestia, démela, y matársela he.

Si hay alguno que tenga bestia de carne, darla acá, y matarla he con el cuchillo de la palabra de Dios: *Qui in carne vivunt, Deo placere non possunt!* (Rom., 8). Dice San Pablo que los que según la carne viven, no pueden agradar a Dios. ¿Para qué queréis vivir, si no habéis de agradar a Dios, pues más vale agradar a Dios con muerte y trabajos, que vivir, con cuantos bienes hay, en su desgracia? Traéis bestia de malquerencia: mostrarla acá, y matarla he (Mt., 6): *Si non dimiseritis hominibus peccata sua, nec Pater vester dimittet delicta vestra*. «Si no perdonáredes las injurias, ni vuestro Padre perdonará vuestros pecados.» Y en otra parte dice (Lc., 6, 36): *Perdonad, y perdonaros han*. Si alguno trae lo ajeno, San Agustín dice que no se perdona el pecado, si no se restituye lo tomado.

—Padre, si con todo eso scy tan codicioso que no quiero dar mi bestia a Dios, ¿qué le daré? ¿Qué remedio tengo, si no quiero dar mi mayorazgo? Porque no sé lo que querrá hacer Dios de mí; no sé si me ha de mandar perder hacienda, honra y vida.

—Pues mirad cómo os engañáis, que el perder por Dios, ganar es. *Qui amat animam suam perdet eam* (Jn., 12). *El que ama su ánima perderla ha, y el que perdiere su ánima por Mí, hallarla ha en la bienaventuranza*; que el perder por Dios ganar es; y el no perder por Dios perder es. ¿De eso os espantáis? Sí, que juego hay que se llama el ganapierde. Todo cuanto guardas para ti, lo pierdes; y cuanto pierdes por Je-

sucristo, lo tienes guardado; que la piedra preciosa en el arca, aunque no la veáis, más guardada está que en la mano. San Pablo (1 *Cor.*, 3, 22): *Omnia vestra sunt, sive Apollo, sive Cephas, sive Paulus, sive praesentia, sive futura; vos autem Christi, Christus autem Dei.* «Todas las cosas son vuestras—sirviendo a Dios—, ora sea Pablo, ora sea Cefas, todo lo presente y por venir; y Jesucristo es vuestro, con que seáis vosotros de Jesucristo. Si sois de Jesucristo, todo es vuestro; si no, no tenéis nada.» ¿Qué podéis perder? ¿Vida? San Bernardo dice que la vida sin Jesucristo, infierno es. ¿Qué podéis decir, que es vuestro? ¿Honra? ¿Cómo llamaré mío lo que me echa al infierno? Hermano, si os dais vosotros a Dios, todo es vuestro; si no, no tenéis nada. Démosle luego honra, hacienda, dineros, vida; que el dársela es no para perderla, sino para que nos la guarde. San Pablo dice (2 *Tim.*, 1): [*Scio cui*] *credidi, et certus sum, quia potens est depositum meum servare usque ad illum diem.* «Bien sé de quién me confío, que cierto estoy que me tiene guardado cuanto le he dado para aquel día.» Cuanto le diéredes lo tendréis guardado, y cuanto no le diéredes perderéis. ¿Cómo no os consuelan los trabajos y necesidades, aunque tuviédes vida de galera, pues la tenéis guardada *para aquel día*? ¿Cómo no hacéis buen rostro a las injurias e infamias, pues tal cosa os tiene apajada?

### 7.—*María ofrece su Primogénito.*

¿Qué hará uno que no se atreve a dar su mayorazgo a Dios, y no osa decir a Dios: «Señor, no quiero vivir a mi contento, sino al vuestro»? Andad acá con la Virgen María al templo.

—Señora, ¿adónde vais?

—Al templo.

—¿A qué?

—A presentar a Dios su Mayorazgo y mío, el cual Él me dió.

—¡Quién viera aquel relicario de Dios, y con cuánta humildad lo ofrece! *Quia fecit mihi magna, qui potens est.* «Señor, este Niño os ofrezco; vuestro es, pues de Vos es eternalmente engendrado; y mío, porque por Vos, para remedio de los pecadores, me fué dado, ¡a Vos sea la gloria! Vuestro es, yo os lo ofrezco.» La mejor ofrenda que nunca se ha ofrecido, y más agra-

dable a los ojos del Padre, fué la que la Virgen ofreció hoy; y si *miró Dios a Abel y a sus dones* (*Gen.*, 4), ¿cómo no mirará mejor a la Virgen y a su cordero e Hijo que ofrecía? «Padre, yo os ofrezco a vuestro Hijo.» Padres sacerdotes, aprended de la Virgen cómo habéis de ofrecer al Padre su Hijo: «Yo os ofrezco vuestro Hijo para vuestro servicio, para que os agrade, y para el provecho de los pobres, para que les predique, enseñe, para que trabaje por ellos y muera por ellos.» ¡Oh qué ejemplo para las madres que tenéis hijos! Ofreced vuestros hijos al templo. El que más amaba que a sus entrañas, al Padre le ofrece para su honra del Padre; y así la ensalzó sobre los coros de los ángeles a la Virgen, pues le ofreció la mejor ofrenda.

Y pues, Señora, ¿de nosotros no os acordáis? Sí por cierto. ¡Oh cuánto debemos a la Virgen! ¡Cuánto te costaría decir: «Ofrézcoos, Padre, este Niño para que padezca por los hombres; sea azotado; escupido, muerto por ellos, para que con su muerte ellos vivan en la eternidad vuestra para siempre jamás!»!

## TRATADO 8.º

### SOLEDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA.

*Flere cum flentibus, gaudere cum gaudentibus.*

Llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se alegran.

(Rom., 12.)

#### 1.—*El Sábado Santo, la Soledad de María.*

Dice el Apóstol San Pablo: La ley de amor pide esto: *Quiere que lloremos con los que lloran, y que nos gocemos con los que se gozan.* Cosa usada entre los que se aman, ser común a ellos la alegría y la tristeza; de tal manera, que si vos amáis a alguno mucho, y le sucede alguna cosa de que se debe alegrar, vos también os alegráis como si a vos mismo os sucediera; y por el contrario, os entristecéis si alguna cosa adversa le viene.

El presente día es dispuesto para acompañar a la sacratísima Virgen María nuestra Señora en sus dolores y trabajos; la devoción de este día es atribuida a Ella, y no le costó poco. Por cierto, digno de reprehensión sería el hijo que viendo a su madre muy atribulada, llorando afligida, no se entristeciese con ella, y le ayudase a llorar sus trabajos; cuanto más si hubiese sido causa de lo que la madre padece. Nosotros somos causa de la Pasión de Jesucristo y de las angustias de su Madre. Duélenle, Señor, no tus pecados, sino los míos; afligístete, cansástete, no por lo que Tú hiciste, sino por lo que nosotros cometimos. Porque Jesucristo no tenía pecado, ni por qué padecer de su parte, no debía nada de sí. Si tuviese una madre un hijo que se lo hubiesen muerto por amor de mí, y viese que yo me estaba riendo, y que no le ayudaba a llorar a su hijo, ¿qué tanto le pesaría?

No sé qué mala ventura es ésta; ya no hay tiempo de Pasión, no se celebran tanto estos días como solían. En otro tiempo había sentimiento de la Pasión de Jesucristo; en la primitiva Iglesia duraba la Misa y el Oficio hasta la mañana que Jesucristo resucitó. Ya no hay nada de esto, sino en pasando el viernes, ¡alto!, ya es Pascua. ¡Sus!, a entender en lo que habemos de comer, en lo que habemos de vestir. ¡Qué gentil celebrar de pasión, por cierto! ¿Y así se había de hacer ello? No os dura la devoción de estos santísimos días un momento. Gastad ahora, por reverencia de Dios, este día en acompañar a la Viuda y sola, y cada uno en su rinconcillo ayudarle a llorar y a estar allí con Ella, pues sois la causa de sus dolores. Celebrad la Pasión de Jesucristo, si queréis sentir los gozos de su Resurrección. Todo cristiano debe gastar este día en acompañar a la Virgen, que fué hoy lastimada en gran manera.

## 2.—Por qué son afligidos Jesús y María.

*Cui comparabo te? (Thren., 2). ¿A quién te compararé y asemejaré, hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré, virgen hija de Sión? Grande es, así como el mar, tu quebrantamiento: ¿quién te pondrá medicina? Cantólo el Profeta Jeremías muchos tiempos antes, viendo los males que estaban esperando a la ciudad de Jerusalén; y esto mismo podemos decir ahora nosotros, viendo a la Santísima Virgen María tan afligida y penada, y llena de tan grandes angustias; que de Ella también se dijo en figura: ¿A quién te compararé, etc.?*

Andaba la espada de la justicia de Dios en tiempo del rey David haciendo gran destrozo en la gente de su ejército, sin tener culpa del castigo que Dios les enviaba, sino porque David se había parado a contar el pueblo; castigaba Dios a ellos, no por lo que habían hecho, o por mejor decir, a él en ellos. No pudiendo el Profeta sufrir y ver padecer aquella gente sin culpa por lo que él había pecado, púsose en disputa con Dios y díjole: *Ego sum qui peccavi; isti, qui oves sunt, quid fecerunt? Vertatur manus tua contra me, etc.* Yo soy el que pequé, yo soy, Señor, el que te tengo ofendido, yo soy el que merezco el castigo; que éstos ¿qué culpa tienen? Ovejas son sin culpa, no tienen hecho por que padezcan tanto mal; vuélvase, Señor, tu mano

airada contra mí; ejecuta, Señor, en mí la furia de tu castigo, alza la mano de tu ira de sobre ellos.

Cosa recia es, por cierto, que ande la espada de Dios hiriendo a Jesucristo y a la sacratísima Virgen su Madre, y que no nos pongamos nosotros delante: ¡Señor! ¿qué es esto? ¿Qué os han hecho esta oveja y su cordero? Los inocentísimos, los limpios, los sin pecado, los justos, ¿qué culpa tienen? Estas ovejas, inocentísimas son, que no hicieron por qué; nosotros somos los traidores que os ofendimos, nosotros los que pecamos; vuélvase vuestra ira contra nosotros. ¡Cosa grave, por cierto!

Van a prender a Jesucristo el jueves de la cena en la noche, y lo primero que dice, olvidado de Sí (*Jn.*, 18): *¡No toquéis a estos mis hermanos!* ¿Mandáis que no toquen a los siervos? ¿Qué justicia es ésta, Señor? Prenden al inocente, y mandáis que dejen a los culpados; atan al Mayorazgo de Dios, y dejan ir libres a los esclavos; llevan a Jesucristo, y dejan al malhechor en casa. ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia! ¡Que no se ponga el cristiano en medio y diga: «¿Señor, qué es esto? ¿Qué justicia es ésta? Vuélvase vuestra espada contra mí, ejecutad en mí la ira de vuestra justicia, que yo soy el que merezco el castigo. ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué así matáis a vuestro Mayorazgo, y así atormentáis a vuestra sierva María?»

### 3.—*Jesús paga la deuda de nuestras culpas.*

La respuesta de Jesucristo clara está; la de la Virgen María nuestra Señora no está tan clara. *Disciplina pacis nostrae super eum; cujus livore sanati sumus* (*Is.*, 53). Cayó sobre Él el castigo, por el cual fué adquirida la paz entre Dios y nosotros. No estaba en más ser reconciliados nosotros con Dios, sino en que Jesucristo muriese. Cayó sobre Él la ira del castigo, porque nosotros fuésemos remediados.

¡No sabe pregonar ese pregonero! Si le preguntáis a Pilato, deciros ha (*Jn.*, 19): *Ego nullam invenio in eo causam.* Por eso murió, porque fué su voluntad de salvar a los hombres; de esta manera no hubo *causa*, no hubo quien lo constriñese a hacer lo que hizo, sino sólo el amor que nos tuvo. Si pregona el pregonero: «Esta es la justicia que manda hacer Poncio Pilato a Jesús de Nazareth, porque dice ser Hijo de Dios, y

por alborotador y malhechor», no sabe lo que dice. Que no tenía Pilato poder ninguno sobre Él; que *de arriba viene* (Jn., 19): *Non haberes potestatem adversum me ullam*, dijo Jesucristo al mismo Pilato. ¿Pues por qué muere? *Propter scetera populi mei percussi eum* (Is., 53). Eso sí, «por los pecados de mi pueblo, porque me ofendieron los hombres, por eso lo castigo yo», dice el Padre Eterno; porque ellos no se perdiesen para siempre en el infierno.

Pues la culpa es de los hombres que han pecado, ellos son la causa de la muerte de Jesucristo; luego ¿qué justicia es ésta, Señor, que castigáis al justo por los pecadores? ¿que muera el inocente por los culpables? Señor, parece que hay escrúpulo en vuestra justicia, pues castigáis al que no tiene culpa, y dejáis ir libres a los que hicieron el mal.

Si lo quiso Él, ¿qué haremos? Si quiso morir por nosotros, si nos amó tanto hasta perder la vida por nosotros, ¿qué diremos? Luego así había de decir el pregón: «Esta es la justicia que manda hacer el Padre Eterno a Jesucristo su Hijo, porque amó a los hombres. Quien a tantos y tales ama, que tal haya.» ¿Por qué moristeis, Señor? —Por el amor que te tuve. —¿Quién te cansó, Señor, tanto? ¿Quién te afligió? ¿Quién te hizo haber hambre y sed? ¿Quién te hizo sudar? ¿Quién te paró tal, hasta morir desnudo en una cruz? —El amor y caridad que tuve a los hombres. —¿Por qué, Señor, afligiste tanto a la Madre y al Hijo? ¿Qué culpa tienen? Ovejas son inocentísimas. —El amor que tuvo a los hombres Jesucristo, eso es.

#### 4.—*María, la más santa y la más afligida.*

¿Pero qué tiene que ver con eso la Virgen María nuestra Señora? ¿Por qué tan afligida? ¿Por qué la atribuló tanto el Padre Eterno el día de hoy? ¿No está escrito (Deut., 22): *Si encontráredes en el campo algún nido de pájaros y estuviere en él su madre, tomad los pájaros y no lleguéis a la madre?* ¿No mandaba Dios en el Exodo: *No cuezas el cabrito en la leche de su madre?* (Deut., 14): *Ne coxeris haedum in lacte matris suae?* Señor, ¿tenéis cuidado de las aves? ¿tenéis cuidado de los animales? (1 Cor., 9): *Nunquid de bobus cura est Deo?* ¿Qué es esto, Señor? ¿No bastaba matar al Hijo y ponerlo en una cruz, sino matar

también a la Madre? ¿Por qué se cuece Jesucristo en lágrimas de su Madre? Si lo queréis asado, asado esta en el fuego de tantos tormentos; asado lo tiene el fuego de amor, que en su benditísimo Corazón ardía mientras que estaba padeciendo en la cruz; y si lo queréis cocido, cocido está en las lágrimas que de los ojos de su sacratísima Madre salían, viendo lo que estaba padeciendo.

¡Oh bendita sea vuestra misericordia, Señor! Y ¿qué os ha hecho esta bienaventurada Virgen? ¿Qué os hizo la que todos los días de su vida os sirvió? ¿Qué os hizo la que mientras en esta vida estaba, en otra cosa no entendió sino en agradaros, y en esto gastó su tiempo? ¿Qué os hizo la que tan desvelada andaba todas las noches y los días por contentaros? ¿Qué hizo su virginal y limpio corazón, en el cual aun pensamiento el más pequeño del mundo nunca jamás hubo, de que Vos, Señor, os ofendiédeses, que así la habéis hoy lastimado, que así la habéis hoy entristecido? ¿Qué os hizo, Señor, esta Santísima Virgen limpiísima, en quien nunca hubo pecado? ¿Por qué la habéis tanto afligido el día de hoy, Señor?

*Multae filiae congregaverunt sibi divitias, sed tu supergressa es universas* (Prov., 31). Muchas hijas allegaron riquezas; pero tú, Señora, a todas has sobrepujado. Quiere decir: muchas santas, muchas mártires castas, muchas vírgenes, muchas han amado a Jesucristo en gran manera; tanto, que dejaban riquezas, y honras, y ser esposas de reyes, y todo lo que en el mundo florece, y tras lo que los hombres andan perdidos por haberlo; pero a todos lleváis Vos, Señora, la ventaja. Vos, más santa que todas las santas; más amasteis a Jesucristo Vos sola, que todas cuantas dejaron el mundo y su atuendo, por seguir a Él y por amarle; nadie se iguala con Vos. *Muchas hijas allegaron riquezas; pero Vos, Señora, muchas más que todas.*

Dos cosas pelean hoy, Señora; veamos cuál va delante: vuestra santidad, vuestros dolores; vuestra privanza, vuestras angustias. Vos la más santa que todas, y la más lastimada; la más querida, la más angustiada; la más alta, y la más abajada. Dos cosas andan hoy a porfía: ¿cuál, Señora, de las dos que hemos dicho va adelante? Señor, ¡y cuán caro vendéis a esta Santísima Virgen vuestra privanza! Si mucho la amasteis y quisisteis, mucho la afligisteis;

si muy santa la hicisteis, mucho la angustiasteis; a la medida del amor que le tuvisteis, fué el dolor que ha pasado.

### 5.—Dolor incomparable de María.

¿A quién te compararé? ¿A quién te igualaré? ¿Con quién te asemejaré y consolaré, Virgen tan lastimada? Grande es así como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? ¡Oh bendito seas Tú, Señor, que así desconsolaste hoy a esta bendita Virgen! No hay en la tierra ya quien la consuele; no hay quien enjague sus lágrimas; no hay quien dé fin a sus lamentaciones: no hay quien acompañe su soledad, quien ahora mitigue tu dolor; no hay ya consuelo para ti.

Estaba la madre de Tobías el mozo esperándolo, cuando su padre lo había enviado a la ciudad de Ragés; y como se tardaba tanto, no podía reposar, pensando qué sería de él, si era muerto o vivo, si le acaecería algo. Y dice la Santa Escritura (*Tob.*, 10) que no pudiendo sufrir la soledad de su ausencia, se salía a los caminos, *et plorabat lachrymis irremediabilibus*, y decía: ¡Ay de mí, hijo mío! ¿y por qué te enviamos a peregrinar por esos caminos? Lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra vejez, consuelo de nuestra vida, esperanza de nuestra postrimería, ¿a qué te enviamos de nosotros? Si pobreza teníamos, con estar tú presente no se sentía; si trabajos padecíamos, teniéndote a ti no se nos hacía nada. *Omnia simul in te uno habentes*. En ti solo teníamos todas las cosas.

¡Oh Virgen bendita! Y quién te preguntase: ¿En quién estaba tu consuelo? ¿En quién esperabas? ¿Que era lo que más amabas? ¿Por ventura no era Jesucristo? Él uno y solo era tu consuelo y esposo, tu Hijo, tu alegría, tu remedio; Él solo te era todas las cosas; con sólo Él estabas, Señora, contenta; y ninguna cosa echabas menos, teniéndolo a Él; y con Él, ninguna cosa te faltaba; faltándote Él, todo tu bien has perdido; no lo trocaras por cielos y tierra.

Ella es la que más perdió, la más entristecida, la más desconsolada, la más afligida de cuantas hubo ni habrá. Cuando lo viese que ya quería expirar, cuando viese obscurarse aquellos lucientes ojos, cuando viese levantársele el sagrado pecho tan aprieta con las ansias de la muerte, la Madre que tal vió ¿qué

haría? No hay corazón que sepa sentirlo, no hay lengua que sepa explicarlo. No te quedó consuelo, ni arri-mo en la tierra, muerto tu Santísimo Hijo, porque en Él tenías todas las cosas.

¿A quien te compararé? Mandó Dios a Abraham que subiese al monte y sacrificase a su hijo Isaac; pero después contentóse Dios con sola su obediencia de corazón, y dióle un carnero que sacrificase (*Gen.*, 22). Al monte subió con su hijo Isaac, y del monte bajó con él; mas la Virgen nuestra Señora no es así. Al monte Calvario subió con su Hijo; mas a la vuelta no lo trajo consigo, que allá lo dejó.

¿A quién te compararé, hija de Sión? ¿Compararte he, quizá, con la madre de los Macabeos, que le mataron delante de sus ojos siete hijos en un día, y guardáronla viva hasta el cabo, porque sintiese mayor dolor de ver la muerte de sus hijos? No, que si morían, tenía la madre licencia de consolarlos y de esforzarlos; consentíale que estuviese allí, animándolos y ayudándolos a bien morir; pero la Virgen nuestra Señora aun no le daban lugar, ni le dejaban ver de cerca a su Hijo Jesucristo; porque eran tantas las blasfemias, las malas palabras, las voces de aquella desconocida gente, que no le daban lugar de consolarle. Allá alababan a los Macabeos porque morían por la Ley de Dios, por lo cual se consolaba la madre: acá dicen que Jesucristo muere por blasfemo contra la Ley y mandamientos de Dios.

En gran manera fué hoy afligida; no hay para Ella consuelo en la tierra. no hay remedio para alegrarla, no hay quien le iguale en el dolor, como no hay quien le llegue en la santidad. *Grande es así como el mar tu quebrantamiento.* No bastaría decir como fuente, sino como mar; porque tienen compañía mar y María. ¿Qué es esto, Señor? ¿Hacéis ahora mundo de nuevo? Mirad, hoy lo veréis. Como cuando al principio del mundo crió la luz, así le veréis hacer fuego de nuevo. Y como allá manda llegar todas las aguas a un lugar y llamólas *mar*, así acá manda que se lleguen todas las virtudes que están repartidas por muchos en un lugar: toda la santidad, toda la castidad, toda la fe, y la esperanza, y la caridad, júntense en esta Virgen muy más perfectamente que en otra persona alguna; y júntense también todos los dolores, las angustias, las tristezas y lágrimas el día de hoy en esta Virgen, y llámese *María. Ne vocetis me Noemi*

(*id est pulchram*); *sed vocate me mara (id est amararam), quia amaritudine valde replevit me omnipotens* (Rut., 1, 20). «No me llaméis ya Noemi—dice la Virgen—, que quiere decir hermosa; no me conviene ya ese nombre. no es para mí ese nombre; mas llamadme María, que quiere decir amarga, porque en gran manera me ha amargado el Omnipotente; porque entré llena, y salgo vacía.» Así salió la Virgen nuestra Señora, como adelante oiréis.

### 6.—*Por qué aflige Dios a María.*

*Grande es como el mar tu quebrantamiento, ¿quién te pondrá medicina? ¿Qué hizo esta Virgen, Señor, por que la habéis amargado el día de hoy? ¿Y qué culpa tiene y qué mereció, por que así la afligisteis? ¿Qué hizo esta oveja inocente, Señor? —Por donde se perdió el mundo, por ahí se ha de tornar a cobrar; hombre y mujer lo perdieron, hombre y mujer lo han de tornar a cobrar. ¡Negra manzana y negros deleites! ¡qué caros habéis costado al Hijo, y por eso a la Madre! Adán y Eva perdieron el mundo: Cristo y María lo han cobrado.*

¿Qué hizo esta oveja bendita, por qué, Señor, la habéis angustiado? —Decid: Si la Virgen María no pasara esto, ¿qué consuelo quedaba a las vírgenes en sus trabajos, y a las viudas? Ahora todas tienen consuelo; porque si a la doncella le viniere algún trabajo, tenga dechado de paciencia en la Santísima Virgen, y diga: «Pues más trabajada fué mi Señora la Virgen María.» Si la casada perdiera algún hijo que mucho quería, mirando a la Virgen se consuele, y con pensar sus dolores, y con pensar qué lastimada fué este día, se consuele y esfuerce, y diga: «Pues si perdí hijo, mejor lo perdió mi Señora la Virgen María; mayor fué su angustia y dolor que el mío, cuanto era mayor su Hijo que el mío.» Pues luego por amor de ti atribula el Eterno Padre hoy a la Virgen, para que tú saques consuelo y provecho. Por tu amor atormenta hoy a la Madre y al Hijo; sábelo, por amor suyo, conocer y agradecer; sábeto aprovechar. No hayan ahora padecido Madre e Hijo tormentos tan grandes en balde; en balde sería, si no hubiese quien se aprovechase del fruto de ellos.

7.—*La Pasión de Cristo en el Corazón de María.*

Hablar ahora de la muerte de Jesucristo sería cosa muy larga, y es tarde, y tenemos poco tiempo. Este día es diputado para contemplar los dolores de la Virgen. Tenga vuestro corazón sentimiento—todos los días de vuestra vida—el jueves en la noche y viernes hasta la tarde, de la Pasión de Jesucristo; y desde el viernes en la tarde hasta el sábado, de los Dolores de la Virgen María nuestra Señora. No se os olvide, en viniendo el sábado, de tener memoria particularísima—sin que falte día—de los dolores que la Virgen María pasó.

¿Quién medicinará tus angustias? ¿Quién pondrá tasa y medida a tus dolores? ¿Quién bastará a contar tus penas? ¿Quién contará lo que tal día como hoy padeciste? Cuan grande es el amor, tan grande es tu dolor; cuan grande es el amor que ardía en tu Corazón, tan grande la angustia. Si supiédeses conocer cuán grande es el amor que esta sacratísima Virgen tenía a su Santísimo Hijo, sabríades conocer el dolor que hoy ha pasado por Ella; pero como no se puede conocer el amor, así tampoco se entiende el dolor que recibió.

¿No habéis visto en las criaturas irracionales el amor que una madre tiene a un hijo? Como una vaca a un becerrillo, que se dejará matar por él; ¡allegádselo a quitar! Aun se ha visto una gallina morir por sus pollitos, porque ellos no recibiesen daño. Pues pensad ahora en la Virgen que amaría a Jesucristo como a Hijo, y amábalo como a Dios; aquella reverencia con que lo trataba, aquella reverencia con que estaba delarite de Él; creo que no osaba alzar los ojos del suelo. Pues ¡con qué amor le trataba cuando Niño, cuando le daba sus virginales pechos! Para mí tengo que mientras el Niño dormía, que estaba hincada de rodillas adorándolo y pidiéndole gracia para saberlo tratar. En las madres de acá hay remisión en el amor que a sus hijos tienen, por mucho que los amen; aquí no hay tasa, sino que la Virgen amaba a Jesucristo cuanto el Espíritu Santo le soplabá; y esto era mucho, y así no es decible ni se puede tasar; no hay palabras para poder encarecerlo.

¡Oh bendito seáis Vos, Señor, que fuistes servido que el amor grande de esta Virgen fuese sayón que la

atormentase tanto, que dice San Jerónimo que cada herida que daban a Jesucristo en el cuerpo era una lanzada que atravesaba el Corazón de la Virgen; cada bofetada, cada azote, cada llaguita que hacían a Jesucristo, tantas puñaladas eran para el Corazón de esta Virgen! ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia, que tantas saetas tuviste hoy para herir y traspasar el Corazón de esta Virgen! Pues si el cuerpo de Jesucristo estaba con cinco mil azotes repartidos en un cuerpo como el suyo, su sacratísima cabeza atravesada por tantas partes de las espinas, todo corriendo sangre, sus sacratísimas barbas peladas, sus pies y manos horadados con clavos tan crueles, escupido, abofeteado, aquel delicado cuerpo descoyuntado y sus tiernos miembros desencajados, ¿qué tal os parece que estaría el Corazón de la santa Virgen que esto tenía delante los ojos? ¡Oh virginal Corazón! Pintáisla con siete cuchillos, ¡con setecientos la habíades de pintar! No tienen cuenta las gotas de la mar ni sus arenas; no tienen cuenta las estrellas del cielo, con los dolores de la Virgen María.

¿A quién te compararé? ¡Oh Virgen Santísima!, ¿cuál estaba tu Corazón? ¿Qué sentiste en este día, bebiendo agua de dolor, *entrando las aguas* (1) *de los tormentos hasta lo interior de tu Corazón* (Ps., 68, 2). Subido han las ondas tempestuosas de las aguas hasta zabullir tu Corazón; menester fué ayuda particular para sufrir y pasar lo que hoy por ti pasa. ¡Oh gran lástima, Madre, que al que adoraba por Dios, oyese decir tantas injurias, tantas blasfemias! ¡Oh lastimado Corazón, que tal pregón oíste pregonar al Hijo de Dios y tuyo como a malhechor, y decirle tantas injurias! ¡Qué de dolores entraron por tus oídos! ¡Qué de dolores por los ojos! Pensad en esto, y pedid gracia, y pidámosla todos para entenderlo y sentirlo.

### 8.—En la muerte de Cristo.

Alzó los ojos la primera madre Eva para ver el árbol de que Dios le había mandado que no comiese. Alzó los ojos la Virgen a Jesucristo en la cruz. Más lastimó a la Virgen ver cual estaba Jesucristo, que

(1) *Las aguas*: en las aguas (1596).

agradó y deleitó ver a la primera mujer el árbol que le estaba vedado que comiese. ¿Para qué son ojos hoy, Señora? Deseaba la Virgen benditísima ver a Jesucristo; alzaba los ojos a mirarlo; era tanto el dolor que recibía de verlo que tanto padecía, que cuan presto alzaba los ojos, tan presto los bajaba, no pudiendolo sufrir. Decía al Eterno Padre: «Señor, no te pido vida para mi Hijo; ya veo, Señor, que está ya muy cerca de su muerte; recibe, Señor, su muerte en recompensa de los pecados de los hombres. Cese ya tu justicia; no castigues a tus esclavos, pues así has castigado a tu Mayorazgo, porque ellos no se perdieran. Con alegría, Señor, lo recibí, y con gran dolor te lo torno. Grande fué el gozo que mi ánima recibió el día que el ángel me trajo la nueva que le había de parir; pero grandísimo dolor sentí en mi Corazón de verle partirse de mí con tanto trabajo.»

¿A quién te compararé? Cuando llegó la hora en que expiró, ¿qué sintió tu Corazón de verle agonizar con la muerte, aquellas ansias mortales? Muere el Hijo; ¡cuál quedaría su Santísima Madre! Expira Jesucristo en la cruz; queda lastimadísima la Madre en la tierra. Veis las balanzas; en bajándose la una, se alza la otra; el Hijo alto, la Madre baja; muere el uno en la cruz, y queda lastimado y herido el corazón del otro al pie de ella.

¿Qué sentiría la compañía? ¿Qué es lo que San Juan haría? ¡Qué de lástimas harían las Marías de ver tan excesivo dolor, de ver padecer a Jesucristo! Afligense en gran manera de ver medio muerta a la Madre. La Virgen sacratísima comienza a decir tantas lástimas, que quebraba el corazón a cuantos la oían: «¡Oh Señor, Tú muerto en la cruz, y yo viva en la tierra! ¿Es posible que tan duro es este Corazón, que ha podido verte morir sin llevarme juntamente contigo? Gran desamor mío es éste; mucho más pensé, Señor, que te amaba. ¿Porque qué quieres que crea de mí, viéndome viva, estando Tú muerto? ¿No llevaras por bien llevarme contigo?» ¿Qué haría la pobrecita compañía en ver a la Virgen hacer tales lástimas? Pues responderíanle al mismo tono; el dolor de sus corazones menearía sus lenguas para mostrar el dolor por las palabras que sus ánimas tenían allá dentro.